

## CAPÍTULO QUINTO

### CONTINUACIÓN GIOLITTIANA DEL RÉGIMEN Y SU EXTINCIÓN

Giolitti poco sabía de la vida de las instituciones libres en los grandes países del occidente anglosajón y de su dinámica tan secreta aun para los mismos estudiosos (pero los otros políticos italianos sabían aún menos). Era un gran burócrata, un gran administrador, que llegaba a la política convencido de la imposibilidad de resolver adecuadamente los problemas administrativos sin la base de una voluntad política. En apariencia era un cínico, pero en realidad estaba animado por una profunda pasión responsable hacia la cosa pública. Tomaba a los hombres por lo que eran y no pedía a nadie más de lo que los límites de su naturaleza soportaran. Le gustaba que su país fuera libre, ordenado, bien gobernado. Sólo le importaba que fuera potente dentro de los límites en los cuales la potencia misma fuera instrumento y premisa del desarrollo interno. De muchas partes le era reprochada su indiferencia absoluta hacia los problemas de política exterior, y esto, hoy, en la perspectiva de la historia, es el elogio más grande que se le pueda hacer. En un país pleno de veleidades retóricas, inclinado a soslayar y tergiversar los problemas internos —sociales, económicos, financieros, institucionales— a través de la política exterior y de las aventuras coloniales, Giolitti permanecía sólidamente aferrado a las realidades internas, tal vez, vulgares y hasta desagradables. No era capaz de olvidarlas y tampoco permitía que los demás las olvidaran.

Se decía que no tenía dignidad por la facilidad con la que sus agentes trataban, cuando era necesario, con los jefes de la *maffia* y de las pandillas para controlar las elecciones; por la tranquilidad, con la que después de haber invitado a formar parte de su gobierno a los hombres de izquierda invitaba a los de la derecha (y cuando era posible ponía juntos, a hombres de izquierda y de derecha, anticlericales y católicos), lo que parecía justificar la acusación. Pero, en realidad, si analizamos su proyecto de acción, lo encontramos animado por una profunda coherencia y fiel a un único y lucidísimo esquema.

En la crisis de finales de siglo, Giolitti había advertido la fragilidad

de la estructura del “resurgimiento”, hasta el punto de que las masas católicas y proletarias quedaban fuera del Estado y que por diferentes motivos eran igualmente enemigas. Había constatado lo inadecuado del régimen seudoparlamentario, la insuficiencia de sus combinaciones y recursos, y el abismo existente entre Estado y sociedad. Los gobiernos antiliberales de Crispi, de Di Rudini, de Pelloux eran únicamente —Giolitti lo sabía— salidas desesperadas de una fortaleza asediada. Con paciencia y fría audacia, Giolitti meditaba sobre la forma de romper el asedio contra su gobierno y por ello llamó, al menos a una parte de los asediadores, a defender la fortaleza. La situación objetiva justificaba su acción.

A medida que el Estado nacional italiano se consolidaba y se convertía en un elemento aceptado de equilibrio internacional, la violencia de las protestas vaticanas iban calmándose, deviniendo manifestaciones formales; en tanto que el mundo católico a través de encíclicas pontificias y de investigaciones sociopolíticas advertía la presencia de la inquietud social, y reaccionaba, apoyando en parte las exigencias de una más justa distribución de la riqueza, y en parte confesando su deseo de tomar su lugar no sólo en las administraciones locales sino en el parlamento y en el gobierno, para equilibrar y controlar la avanzada socialista.

Por otra parte, en las batallas políticas de finales de siglo, la izquierda liberal se había unido frecuentemente con los radicales, los republicanos, y los socialistas, para defender la interpretación *cavouriana* del Estatuto. Los abstractos esquemas, los prejuicios ideológicos, las disputas teológicas con los socialistas, hacían amargo el camino que conducía a una más amplia y constructiva colaboración, a una colaboración con el gobierno: pero ya en el seno del socialismo surgía un ala reformista, dentro de la cual algunos dirigentes con influencia sentían atracción por aquellas instituciones liberales que si bien durante un tiempo rechazaron y refutaron, después tuvieron que defenderlas para luchar contra el retorno autoritario de la monarquía y de la derecha.

Por otra parte, el regicidio había dado al país una gran sacudida. La reacción había sido saludable y había probado, no obstante todo, alguna madurez política. Un hecho de tal clase, que hubiera podido abrir el camino a la propagación de la violencia, por el contrario, pareció concluir la época de ella. A derecha e izquierda del espectro político, todos parecieron bruscamente ser requeridos para más meditados y responsables propósitos. El país, en el que ya fermentaban las semillas de la recuperación económica, no quería desórdenes.

El nuevo rey, libre de cualquier responsabilidad y obligación sobre

los últimos desventurados acontecimientos, era un hombre modesto, un tanto burgués, menos inclinado que su padre a invadir la esfera de actividades del gobierno. Más respetuoso también de los convenios formales sobre los que se fundaba el régimen seudoparlamentario, aunque, a su modo, tenaz y perseverante, llegaba a ser evidente qué haría para mantener la tradicional influencia dinástica sobre la política exterior y militar; ello lo demostraría en adelante en forma evidente.

Por otro lado, la naturaleza misma del régimen seudoparlamentario que quería reanimar Giolitti sobre nuevas bases políticas (pero dentro de cuyas estructuras estaba condenado a actuar) hacía más ardua la aplicación de su esquema de gobierno, ya que no se hace nada si no se dispone del poder, aunque parecía que la descomposición del régimen hubiera precisamente agotado, sin remedio, las fuentes más profundas del poder.

La dinastía, aunque fortalecida momentáneamente como consecuencia de la debilidad del poder parlamentario, estaba obligada a descubrir sus intenciones; en definitiva, había salido de la grave experiencia muy cuestionada y sacudida, y parecía que sólo lentamente podría reconquistar autoridad y popularidad. La construcción que Giolitti se disponía a realizar no podía, en verdad, apoyarse sobre lo que quedaba del poder dinástico. Al contrario, suponía que aquel poder fuera, al menos, reconducido dentro de los estrechos confines a que los había obligado el conde de Cavour, al final de su encargo. En condiciones difíciles en el internacional, pero más difíciles aún en el plano interno, Giolitti debía renovar un aspecto esencial de la gran obra *cavouriana*: construir el poder del primer ministro sobre el poder del parlamento, o más bien, como de costumbre, sobre la cámara de diputados. Es decir, crear nuevamente en el parlamento la supremacía del primer ministro: cosa muy difícil, en una fase de transición y de crisis, con un cuerpo electoral que ya no era —como en otro tiempo— más o menos homogéneo, en lo que se refiere a la composición social, sino por inspiración política.

Giolitti con gusto hubiera fundado su mayoría, sobre todo, en las fuerzas nuevas que fermentaban la izquierda. Pero no descuidó los contactos con las fuerzas católicas, y tampoco solicitó ni favoreció su ingreso a la ciudad política. Renunció a algunas de sus convicciones para no ofenderlas y actuó para lograr también su apoyo en la integración de su sistema.<sup>1</sup> No perdió, asimismo, de vista a las corrientes de extrema derecha que se alimentaban de la reacción antiparlamentaria y de las desilusiones de la dignidad nacional.

La empresa colonialista en Libia se originó también, por la necesidad

de dar satisfacción a un sector de la opinión pública todavía poco organizado, pero impetuoso y agresivo, al cual, Giolitti, no restaba importancia. Con ánimo diferente y en circunstancias diversas —y al final de una cuidadosa preparación diplomática—, Giolitti a su vez se veía empujado, como ya lo había sido Crispi, hacia la aventura africana. Para Crispi aquella aventura —por otra parte no iniciada por él— había sido una romántica evasión; para Giolitti, era un meditado instrumento de gobierno. Pero en el fondo, tanto Giolitti como Crispi, por la falta de bases políticas estables, no tenían libertad plena para decidir. La tradición fatal de la subordinación de la política exterior a las necesidades de la política interna, continuaba. De cualquier manera, no obstante los graves errores y precipitaciones, Giolitti con su espíritu sobrio y perseverante mano condujo la empresa hasta el final, y obtuvo prestigio y fuerza, en donde Crispi había sólo cosechado los frutos amargos de la derrota militar y, sobre todo, de la derrota política.

Es muy difícil para un hombre inmerso en lo vivo de la lucha política, con sus necesidades contingentes e inmediatas, analizar las profundas raíces de las instituciones, individuar sus disfunciones secretas, sacrificar para la corrección de ellas, aunque sea sólo una parte, la eficacia de la acción inmediata dirigida a superar dificultades presentes y también amenazadoras. Es una obra ingrata y generalmente sin premio, si no es ubicada en la perspectiva de la historia.

Cavour construyó el régimen seudoparlamentario, en cuanto se vio obligado a construirlo, como premisa y condición de su programa de trabajo. Hubiera, tal vez, podido construir con los mismos resultados prácticos a corto plazo, pero con resultados muy diferentes a largo plazo, un régimen parlamentario auténtico, si sólo hubiese conocido las diferentes, mejor dicho, opuestas fuerzas dinámicas del distrito uninominal inglés y del distrito uninominal de dos turnos. Pero, debido a que este problema no podía surgir en su mente, es justo decir que no tenía alternativa. Y tal vez, Giolitti tenía todavía posibilidades de escoger en los inicios de su carrera, ya que se encontraba frente a un sistema político-constitucional, cristalizado por una experiencia de cuarenta años, y conocía, tal vez menos que Cavour, las relaciones existentes entre las leyes electorales, así como el número y la estructura de los partidos políticos. Ciertamente no podía escapar a su larga experiencia administrativa y de gobierno la existencia de un nexo substancial entre leyes electorales, número de partidos, estructura de las mayorías. Lo demuestra su rápida reacción frente a la propuesta de Sonnino en 1911, para introducir la representación proporcional. Giolitti previó con exactitud que de este modo se habría favorecido a los pequeños

partidos y se hubiera hecho todavía más difícil la formación de mayorías parlamentarias estables. Probablemente su pensamiento no se detuvo jamás a examinar la dinámica del distrito uninominal de dos vueltas que en el fondo constituye la introducción histórica del proporcional y que opera en la misma dirección, aunque con menor eficacia demoledora sobre la mayoría y sobre el Estado mismo. Probablemente no se detuvo jamás a considerar que, en gran parte, las extenuantes y siempre resurgientes dificultades parlamentarias que había podido dominar Cavour con el peso de su personalidad y con el prestigio de su éxito (pero que más tarde habrían de desgastar tanto a la derecha como a la izquierda y empantanar toda la política italiana en el transformismo) descendían directamente de aquella ley electoral fatal que había convertido al Piamonte, en un país en donde las trágicas experiencias habían creado en los liberales una patológica adversión y desconfianza frente al poder. Y en donde, por consecuencia, la mejor ley electoral hubiera podido aparecer por instinto como aquella que hacía imposible la formación de pocos partidos coherentes y una franca mayoría parlamentaria.

Limitándonos, como se debe, únicamente a los hechos positivos, permanece constante el hecho que Giolitti, aun con la autoridad y el poder alcanzados surgió, y en parte lo fue, como el árbitro de la vida italiana. No intentó jamás sanar la antigua y siempre deplorada desgracia de la inconstitucionalidad y fragilidad de los partidos italianos con un solo instrumento, tal vez todavía idóneo, es decir, con el distrito uninominal con mayoría relativa. Pero, en su tiempo el problema se había ya complicado con la presencia de los nuevos partidos de masas.

Ya en el tiempo de los viejos "partidos de opinión", desprovistos de cuadros y aparato burocrático, la queja sobre la confusa vida de los partidos era común. Pero parecía —lo hemos observado ya— que la invocada reagrupación de las fuerzas políticas en dos organizaciones, que tenían como jefe en el parlamento a una mayoría gubernativa homogénea, "debía descender del cielo". Y nadie, ni siquiera Gaetano Mosca —destinado a dejar una huella tan profunda en el conocimiento científico moderno de la política y tan severo y desencantado observador del régimen— hubiera indicado que en la primera ley electoral se encontraba la primera fuente de aquel desorden. En ese tiempo, la aparición del partido socialista, con sus estructuras permanentes, con sus adherentes sindicales y con sus cooperativas, hacía concebir la esperanza de un cambio y que las nuevas técnicas de organización política estuvieran destinadas a eliminar la antigua incoherencia. Sus estructuras de organización podían conferir al partido socialista una fuerza

competitiva particular, colocándolo en la posibilidad de enfrentar a las estructuras de los católicos, en tanto que el mundo liberal se dirigía al ocaso, ligado a su irreductible individualismo. Pero, rápidamente, fue claro que también los socialistas, con motivo de la ley electoral, se encontraban expuestos al riesgo continuo de escisión. Y el hecho de que un sistema organizativo y burocratizado estuviera expuesto a escindirse, en vez de la libre corriente de opinión del viejo tipo, no cambiaba mucho la situación, por lo que se refería a las repercusiones en la arena parlamentaria. El hecho de que la ley electoral diera la debida representación a los partidos menores, hacía posible que las escisiones fueran reales y no sólo probables y también evitaba la discordia —eficaz chantaje de las minorías, que tenían ante ellas abierto el único camino: propiciar la escisión.

Ni siquiera la gran formación liberal-democrática, creada a raíz de los acontecimientos de finales de siglo, había tenido, en razón de la ley electoral, oportunidad de dar origen a un gran partido estable de gobierno, capaz de mantener en la oposición a las fuerzas conservadoras y reaccionarias las que a su vez fueran obligadas a amalgamarse de modo permanente. No sólo Giolitti no había tenido ninguna posibilidad de emerger con autoridad de gran *líder* de partido, precisamente del partido de la izquierda liberal-democrática que no lograba surgir, sino que su mismo esfuerzo para construir de cualquier forma una mayoría de coalición e incluir en ella al partido socialista —aceptando su programa mínimo y haciendo de él el eje de la combinación— se revelaba inalcanzable a causa de la intrínseca debilidad y la discordia interna de aquel partido. Discordia que paralizaba a sus mejores hombres, quienes no actuaban ante el temor de producir las fracturas desastrosas que después llegaron a ser casi una inclinación particular y tradición del partido.

De esta manera, no se ofrecía a Giolitti otra posibilidad que la de resucitar la experiencia del régimen seudoparlamentario, aceptando al régimen tal como era, con su tendencia a la disgregación y con la necesidad consecuente de ampliar siempre, cada vez más, las presiones, intimidaciones electorales, y la corrupción parlamentaria. El primer ministro, maniobrando prefectos y magistrados, distribuyendo o negando nombramientos, cargos y beneficios, deshaciendo administraciones locales y sustituyéndolas con hombres de su confianza, se ponía en condiciones de garantizar curules a un cierto número de parlamentarios, obligados a su vez a apoyarlo ciegamente, con “un nuevo pasto de sabor feudal”. Evidentemente, no en todos los distritos las elecciones eran tan degeneradas. La manipulación era casi total en la mayor parte de los

distritos del sur; mínima en muchos distritos del centro y del norte. Pero, en el conjunto, la representación nacional resultaba humillada y falseada por el sistema, ya que el primer ministro era el que fabricaba su mayoría mediante las elecciones. No eran los electores los que hacían una eficaz selección política, ni determinaban la mayoría al seleccionar implícitamente al primer ministro y la línea política de fondo.

El sistema seudoparlamentario funcionaba entonces, según una dinámica siempre más exactamente opuesta a aquella del verdadero sistema parlamentario. O sea, una dinámica paternalista en lugar de una dinámica democrática. El sistema, lo hemos señalado repetidamente, no lo había inventado Giolitti sino que había debido emplearlo frente a dificultades objetivas mayores, y encontrándose frente a un electorado no sólo heterogéneo sino en parte tan ingenuo y corrupto, tal como el restringido electorado antiguo. Giolitti debía acentuar necesariamente, digámoslo así, la corrección del sistema mediante presiones y manipulaciones, más allá de los límites que hasta las más decadentes venganzas de Cavour hubieran considerado inadmisibles, no sólo en los tiempos "áureos" de la derecha en los tiempos del transformismo.

Giolitti, decía, para su justificación, que el nivel político de muchos colegas del sur era tan desesperadamente bajo que si él no hubiera empleado aquellos métodos, éstos hubieran sido usados contra él. Lo que también, en parte, era verdad, pero no constituía un elogio para el sistema sino que contenía una involuntaria y "dramática" confesión. Había una maldición en el sistema, destinada a aniquilar, al menos sobre el plano de la vida de las instituciones, y no sólo sobre aquél, cualquier voluntad democrática más iluminada y la más genuina capacidad de gobierno.

Giolitti fue un gran hombre de gobierno durante la que, en estricta justicia, fue llamada la edad "giolittiana", entre 1901 y 1914, y en la que surgió verdaderamente la Italia moderna.<sup>2</sup> Durante ella, fueron resueltos problemas formidables: se transforma la economía; el Estado se libera de la hipoteca clasista de la alta burguesía; es definitivamente reconocido el derecho de asociación sindical y de huelga; los trabajadores no sólo mejoran radicalmente su condición, sino que comienzan, al menos en parte, a darse cuenta que han conquistado mucho y podrían perder más en la hipótesis de ocurrir una ruptura de la legalidad o un quebrantamiento en las menospreciadas garantías liberales. Como la protesta católica había perdido fuerza poco más que formal hacia finales de siglo, también la protesta proletaria disminuye. Más allá del movimiento político, el movimiento sindical, reunido en la

potente confederación general del trabajo prefiere utilizar métodos moderados y también dar alguna sustancial colaboración.

Empero, la incorporación orgánica de la fuerza católica y de la fuerza socialista en el sistema político, aquella incorporación orgánica que había sido la gran meta de Giolitti y que había animado su esfuerzo tenaz y paciente en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial, no se había cumplido todavía en forma explícita y satisfactoria o al menos no se había traducido en términos constitucionales. El fracaso no se debía tanto a las intransigencias católicas o marxistas (desgastadas ya por la fuerza de los hechos cumplidos y por la eficacia del nuevo transformismo renovador), sino por la intrínseca incapacidad de agregación de un sistema político que no podía crear sin artificios penosos y caducos una mayoría homogénea en el parlamento, y derivar de aquella mayoría, un gobierno cuya espontánea estabilidad y autoridad lo dispensara de la necesidad de las degradantes presiones electorales y manipulaciones parlamentarias.

La mentira substancial sobre la que se sostenía el régimen desde los tiempos de Cavour, había generado y estaba destinada a generar todavía condiciones tales que cada vez la hacían más pesada.

La necesidad evidente de ampliar la estrechísima y clasista base electoral, había conducido —como vemos— a una primer reforma, a la de 1882, cuando todavía ninguna educación democrática había dado a los italianos las nuevas instituciones.<sup>3</sup>

Para que la ampliación, y al final, la universalidad del sufragio pudieran constituir conquistas de la democracia liberal, y no exponerla a caídas ruinosas, era necesario que la educación democrática del país constituyera la premisa. En otras palabras, las restringidas *élites* liberales que habían hecho el “resurgimiento”, para consolidar su gran obra debían crear, mediante la educación, *élites* cada vez más amplias y abiertas, conocedoras y dignas, a las que se pudiera entregar gradualmente el poder, hasta lograr la meta del sufragio universal.

La educación de un pueblo se realiza —vale la pena recordarlo— a través de dos instrumentos fundamentales. Sin lugar a dudas, el más importante es la escuela. Pero, tal vez, más importante todavía es la dinámica de las mismas instituciones. Sólo instituciones limitadamente libres, pero sinceras y no falseadas (y tales como para acostumbrar a un gran número de ciudadanos a decidir de manera efectiva sobre problemas fácilmente entendibles y a dar su confianza a un grupo político en la esperanza de llevarlo un día al gobierno como premio por la apreciada y útil oposición ejercitada por aquel grupo), son instituciones educativas, matrices de democracia.



Pero ninguna de estas fuerzas educadoras había podido operar. Ni la escuela, ni las instituciones. La política educativa de la Italia unida, había sido ineficaz e improductiva, sobre todo, en aquellas partes del país en donde la miseria y el malgobierno ancestrales demandaban una gran acción educativa de revolucionaria energía. En cuanto a las instituciones, su negativa dinámica, que conocemos bien, no podía ser considerada educativa. La falta de pocas y claras formaciones de partido; la cábala de las combinaciones parlamentarias; la corrupción sistemática hecha necesidad para la fundación del régimen; la imposibilidad para instituir una relación clara y evidente entre las elecciones y la formación de los gobiernos; la sensación difundida, aunque en parte injusta, de ser dominados por oligarquías ineficaces y deshonestas; la falta de una oposición que significara una alternativa posible dentro del sistema; la evidente inmoralidad del juego transformista, y las irresponsables intervenciones periódicas de la Corona, no eran en verdad lo que se necesitaba para educar nuevas generaciones de electores conscientes a los que se dirigirían las conquistas del "resurgimiento".

El éxito mismo del esfuerzo *giolittiano* para renovar al régimen sobre bases más amplias, había hecho posible un gobierno suficientemente estable, vigoroso y relativamente coherente; sin embargo, no había exigido del país la existencia de una conciencia democrática, ni reforzado de algún modo las garantías jurídicas de la democracia. Es decir, las únicas bases sobre las que puede descansar una democracia sin máscara. Las relativamente sólidas mayorías parlamentarias que caracterizaron gran parte de la era *giolittiana* no eran expresión de un partido, ni de cualquiera forma de opinión. Eran solamente mayorías personales del jefe de gobierno, fundamento de su paternal, inteligente y benévolo despotismo.<sup>4</sup> Despotismo más equilibrado, tolerante, de largo respiro y, bajo muchos aspectos, constructivo,<sup>5</sup> pero, despotismo al fin. Una política equivalente, en parte, a la que hubiera podido conducir en otros tiempos un iluminado y genial ministro de un rey absoluto e incapaz.

El rey absoluto, en nuestro caso, era la cámara de diputados.<sup>6</sup> Y, precisamente como sucede con frecuencia a los reyes absolutos que tienen la fortuna de tener grandes ministros, la misma cámara era consultada, a lo más, sólo en sentido formal o no consultada de ningún modo aun para las decisiones de fondo. No sólo los poderes delegados y los decretos ley quedaban como instrumentos habituales de legislación y de gobierno, sino que con motivo de la persistente subordinación de la magistratura, todas las garantías de libertad, aun sin ser revocadas ni puestas a discusión, tenían validez en la práctica mientras lo decidiera el príncipe, o, más bien, el ministro del príncipe.

También en los regímenes formalmente absolutos, pero civiles, con frecuencia los súbditos gozan en la realidad de una amplia gama de libertades. Sin embargo, un régimen sólo llega a ser verdaderamente liberal, cuando, estén consagrados en la ley ciertos derechos esenciales, y que una magistratura soberana garantice a los ciudadanos (y por esto no son ya súbditos) que la razón de Estado no podrá prevalecer en ningún caso, sobre tales derechos. Parece que éste no es el caso de la Italia *giolittiana*, en donde un respeto notable por la libertad era, sobre todo, la expresión de una sagaz política y herencia, también, de una noble tradición, pero no todavía el resultado de insuperables garantías jurídicas.

No podía ser de otro modo en un sistema político que por su misma sobrevivencia tenía necesidad de disponer, sin trabas y casi como propiedad privada del primer ministro, de un número considerable de distritos electorales, y en donde la existencia de los fondos secretos, destinados en primer lugar a la corrupción de la prensa, eran admitidas sin discusión.<sup>7</sup>

La dictadura parlamentaria, al límite de su aplicación, asumía en algunos momentos los rasgos de una dictadura sin adjetivos. La guerra de Libia fue declarada sin el voto del parlamento, durante una recesión parlamentaria de siete meses y medio. El parlamento no fue convocado para ratificar la declaración de guerra, ni para discutir el decreto real de anexión. Cuando finalmente se reunieron los diputados en febrero de 1912, Turati fue callado por los gritos de los otros diputados y el ministro de relaciones exteriores anunció que serían excluidas de la discusión las cuestiones políticas o militares relativas a la "empresa líbica". En el entusiasmo de la victoria, los nuevos impuestos, introducidos ya por decreto, fueron ratificados casi sin que surgiera alguna voz que los objetara.<sup>8</sup> Si prescindimos de la diferente coreografía este acontecimiento no está tan lejos de los del periodo fascista. En fin, agreguemos que el sistema resbalaba sobre superficies inclinadas por las ampliaciones del sufragio. La ampliación de 1882, con la expansión sucesiva y automática del electorado, debida a los progresos en la educación primaria, había creado más dificultad que alivio al perpetuarse los difíciles equilibrios del régimen seudoparlamentario, y de esto Giolitti estaba consciente. A principios de 1911, Luzzatti propuso una moderada reforma electoral, de indudable contenido democrático que, sin embargo, se hubiera resuelto principalmente en favor de los obreros de la ciudad, es decir, en favor de aquella parte del proletariado que empezaba a demostrar alguna madurez política. Giolitti, ciertamente, se dio cuenta de la dificultad, en su posición, para oponerse. Y

tal vez, ni siquiera deseaba hacerlo, pero evaluó el peligro, en costos parlamentarios, de una reforma de tal naturaleza. Y le pareció redituable, más que el combatirla ignorarla y con tal bandera regresar al gobierno. Si, como parecía, una ampliación del sufragio era inevitable, era mejor pasar de golpe al sufragio universal que hubiera equilibrado el voto de los trabajadores socialistas o de los radicales del norte, con el voto de los campesinos analfabetas del sur, lo que ponía a disposición del primer ministro localidades fácilmente maniobrables con técnicas inmorales las cuales fueron descritas con indignación, pero, también con objetiva y honesta información, por Gaetano Salvemini. Concedido así el voto a todos los varones que hubieran cumplido treinta años o prestado servicio militar y, en consecuencia, a los analfabetas, pero no a las mujeres (reconocidas, con razón, como más sensibles a la propaganda clerical), se renunció definitivamente a todo propósito o esperanza de un proceso educativo del país que pudiese, si bien no proceder, sí acompañar al menos la ampliación de la base electoral. Hasta entonces las organizaciones socialistas con empeño habían buscado la manera de incorporarse a las insuficientes escuelas públicas para llevar a las urnas un mayor número de proletarios.<sup>9</sup> Algún jefe socialista, conocedor y honesto, estuvo angustiado en su intimidad por la justa evaluación de las consecuencias antidemocráticas y antiliberales de aquella precipitada ampliación del sufragio, pero, en verdad, no estaba en la situación de oponerse y ni siquiera de expresar su pensamiento en voz alta. Así, la ley fue aprobada y desde entonces las boletas electorales, para subrayar la consigna aparente del poder soberano del pueblo analfabeta, tuvieron que ser diferenciadas con símbolos para distinguir a los partidos. Y el signo del partido, es decir, el de una entidad mítica e impersonal, comenzó a imponerse sobre la evaluación de la personalidad del candidato. Si era hacia la izquierda, se alegraba Turati porque sabía qué cosa debería esperarse del analfabetismo del sur; si era hacia la derecha, Gaetano Mosca observaba que el sufragio universal masculino habría debilitado proporcionalmente a aquella parte del electorado que poseía capacidades políticas y reforzado, a su vez, aquella que era movida por intereses locales o de clase. Su diagnóstico aunque severo era todavía benévolo. La concesión del sufragio universal en aquel momento y en aquellas condiciones significaba sólo el reforzamiento momentáneo del régimen seudoparlamentario —es decir, de la dictadura parlamentaria *giolittiana*— y, al mismo tiempo, la renuncia definitiva de los grandes ideales *cavourianos*, la definitiva imposibilidad para construir un régimen parlamentario auténtico, el virtual fin de la Italia liberal del “resurgimiento”.<sup>10</sup>

Estas fuerzas vastas y ciegas, que habían quedado fuera del “resurgimiento liberal”, y que Giolitti, con sabia y eficaz política, había buscado integrar gradualmente a la vida de las instituciones, encontraban, en ese entonces, abierto el camino para la irrupción desordenada y devastadora. Muy pronto, el mismo régimen seudoparlamentario, después de haber logrado efímeras ventajas, estaba destinado a ser destruido, porque las técnicas de inscripción (en los grupos) católicos y socialistas debían manifestarse más bien eficaces (en favor) del liberalismo de los liberales, sólo provisionalmente compensado por la acción de los “pertigueros” del primer ministro en los distritos electorales del sur y de sus “soldados” en el parlamento. El gran ciclo liberal abierto en 1848, se encaminaba hacia su final; un nuevo ciclo se hubiera abierto sólo a costa de luctuosos acontecimientos y trágicas angustias.<sup>11</sup>

Esto no era todo, a la larga, el régimen seudoparlamentario no sólo había abierto las puertas de par en par a las aguerridas milicias proletarias y clericales, sino que había destruido su propia capacidad de resistencia moral, ofrecía el flanco a una crítica tanto más corrosiva cuanto más fundada y alimentaba una rebelión moral que (injertada en un movimiento de exaltación nacionalista difundida en aquella época por toda Europa) llegaba a ser muy peligrosa en las condiciones particulares de la vida política italiana.

He recordado las siniestras profecías de Sidney Sonnino. Habría llegado el día, que él había señalado, durante la gran crisis de final de siglo, en el que ninguno se movería para defender al régimen atacado. Aquel día estaba ya cerca.

En la época *crispina* habían aflorado también, junto a críticas cuidadosas y objetivas del régimen, anticipaciones de aquel ventarrón *nitzchiano* e imperialista que debía asumir, en el curso de la era *giolittiana*, consistencia ideológica y valor específico.<sup>12</sup> Pascual Turiello y Rocco De Zerbi ya habían renegado radicalmente del nacionalismo democrático del “resurgimiento” para exaltar, en términos crudos, la violencia, la fuerza y la conquista, tanto en la política interna como en la internacional. El desastre de la política *crispina* y luego el equilibrado y autorizado *leadership giolittiano* habían frenado, por el momento, aquellas tendencias. Pero trataba de encontrar aliento, en algunos aspectos de la corrupta práctica del régimen, una crítica más científica y más moderada, que se rehacía en parte con los ideales liberales tradicionales. Describía en parte la disfuncionalidad del régimen, para llegar con Gaetano Mosca a la desolada conclusión de que, siendo aquella la democracia, no quedaba otro recurso que rechazar la democracia; sistema político deshonesto y disfuncional. Las cuidadosas constataciones de

Bonghi, de Spaventa, de Fortunato, de Petruccelli della Gattina, adquirirían nuevo relieve con las críticas sistemáticas de Minghetti y sobre todo de Mosca, y también de Pareto, que hacia finales de la edad *giolittiana* comenzaban a suscitar un largo y confuso eco en la nueva generación. Y que encontraban consuelo en las denuncias apasionadas formuladas con ánimo muy diferente, pero confluyendo en parte con Salvemini y otros honestos y apasionados hombres de la izquierda.

El movimiento político nacionalista había levantado su bandera, uniéndose de nuevo con la tradición *crispina*, idealizada y mutada. Confluían en esta corriente, hombres de diferentes lugares y de temperamentos muy diversos, tales como D'Annunzio, Papini, Corradini, Prezzo-lini, Federzoni, Oriani, Marinetti. La fuerza y la espada sustituían al culto de la libertad y de la justicia. La vida humana ya no se consideraba sagrada, debía ser vivida en la batalla y en el riesgo. El delirante estatismo *dannunziano* arrastraba a los jóvenes hacia una atmósfera morbosa de irresponsable sensualidad. Los sindicalistas revolucionarios, vencidos en el campo socialista volvían a fluir hacia el nuevo movimiento que alimentaba inclinación por la violencia.

En un país dotado con instituciones sólidas y serias, todo esto no hubiera tenido gran importancia.

Pero precisamente el hecho de que mientras las fuerzas que permanecieron ausentes del "resurgimiento" arremetían contra el Estado, muchas fuerzas generosas de la burguesía laica, que deberían haber constituido la defensa de los ideales del "resurgimiento", desertaban, esta era la gran verdad. Ya la burguesía laica había cedido a los socialistas sus mejores y más autorizados jefes. Una rebelión auténtica, de signo opuesto, lanzaba en esos tiempos, a una gran parte de los jóvenes salidos de las universidades, a los espejismos "irredentistas", nacionalistas e imperialistas. La incomodidad moral, por la falta aparente de ideales del sistema *giolittiano*, la desilusión patriótica y el "irredentismo", contribuían a crear una inquietud explosiva. El Carducci de las grandes inventivas y de la canción de Legnano, el D'Annunzio de las odas navales, el Oriani de "hasta Dogali" y de la "revuelta ideal", el mismo Pascoli de la "gran proletaria" habían contribuido a esta situación.

Las elecciones políticas de 1913, no obstante la presión y manipulación gubernamentales, tal vez sin precedente, dieron la primera señal de disgregación ya inevitable y próxima, aunque el destino no hubiese tenido en reserva a los dramáticos eventos de 1914. Las curules de los liberales constitucionales bajaron de 370 a 318, de los que, sin embargo, según Gentiloni, 228 habían sido elegidos con el apoyo clerical y bajo los vínculos del conocido "pacto". Se vieron en el parlamento tres na-

cionalistas y 29 católicos militantes. Los republicanos disminuyeron de 24 a 17 curules, pero los radicales pasaron de cincuenta a sesenta curules. Los diferentes grupos sociales, en donde prevalecían los revolucionarios, subieron de 41 a 78 curules. Incluso el desordenado grupo radical conservaba el apoyo de Giolitti y, hasta que algún nuevo hecho pusiera en crisis las relaciones recientes habidas entre clericales y liberales, la situación era sostenible, pero su precariedad era evidente. Todo inducía a prever que en las elecciones sucesivas las incontrolables fuerzas socialistas y clericales ocuparían sectores más amplios de la cámara, pues cualquier límite racional de la presión y manipulación electoral parecía haberse logrado y superado. Las reacciones negativas comenzaban, aún a finales del régimen a superar el rendimiento en moneda electoral: en 1913 algunos diputados socialistas habían propuesto poner en estado de acusación a Giolitti por violaciones a la libertad del voto.

El instrumento parlamentario con el cual, inicialmente Cavour, y después con menos eficacia sus seguidores, habían controlado la prerrogativa real estaba convirtiéndose en algo menos que inoperante.

Las fricciones con el frente clerical y las inevitables repercusiones en el frente laico, pusieron a Giolitti en dificultades a principios de 1914.<sup>13</sup> Es de lamentar, como algunos autores lo hacen, que aquel hombre experimentado, equilibrado y conocedor de las condiciones económicas y militares verdaderas del país, no se encontrara al mando del gobierno en el momento del atentado de Sarajevo y de la consecuente crisis general de la paz europea. Pero, es significativo el hecho de que Giolitti no intentó regresar al gobierno, aunque la mayoría parlamentaria fuese suya todavía. Probablemente con su aguda y decantada sensibilidad política habitual, Giolitti previó las enormes y tal vez insuperables dificultades que le habrían esperado, con una "mayoría problemática", en el momento en que la opinión pública se dividía, más allá de todas las tradicionales divisiones políticas en dos grandes frentes: neutrales e intervencionistas.

Giolitti sabía que la única decisión racional (y con esto no quiero dar un juicio histórico, pues también las decisiones racionales pueden resultar equivocadas y viceversa) era la neutralidad negociada. Aparecía claro que a su lúcido intelecto que, cualquier parte que ganara, la paz hubiera puesto fin, al menos por mucho tiempo, al equilibrio europeo gracias al cual Italia había podido prosperar y respirar, no obstante algunas graves insuficiencias propias. Italia no tenía entonces ningún interés, según Giolitti, para combatir en ninguno de los dos campos, ya que ganaría más si intentaba pactar con Austria. Italia perseguía el solo interés de estar en las mejores condiciones posibles

para enfrentar el día del restablecimiento general europeo. Giolitti conocía su impreparación militar, la ineptitud de muchos generales, la escasa eficacia administrativa, la fragilidad económica y financiera y, sobre todo, la trágica inconsistencia de las instituciones parlamentarias; inconsistencia que había pesado como una maldición sobre toda su grande, moderna e inspirada obra de hombre de gobierno. Sobre todo preveía la imposibilidad, una vez entrada Italia en la guerra, de controlar la prerrogativa real. Lo artificioso del régimenseudoparlamentario y su creciente debilidad se manifestaban totalmente.

El neutralismo de Giolitti, por todos esos motivos, era absoluto e irreductible. El interés del país y la necesidad de su política personal coincidían. Pero, dar la batalla al intervencionismo antes de que se precipitara la situación, parecía muy difícil. Aunque la mayoría parlamentaria se mostraba dispuesta a sostener a Giolitti, quedaba de hecho inquietante de que en el país las fuerzas más combativas y generosas de la burguesía patriótica y laica eran presa del más exaltado intervencionismo, y que buena parte de la mayoría de tendencia neutral del parlamento estaba formada por los adversarios tradicionales del régimen del "resurgimiento", como los socialistas y los clericales o de sus tibios amigos. Juzgada la situación en términos parlamentarios (y Giolitti estaba acostumbrado a juzgar en tales términos) ésta se presentaba también difícil, aunque en ocasión de la dimisión de Salandra —típica maniobra de consolidación facilitada por el aval real— más de trescientos diputados llevaron sus "tarjetas de presentación" a casa de Giolitti en señal de solidaridad. En este dramático suceso el senado no desempeñó ningún papel.

Giolitti, quien había intuido con rapidez la situación, y que sabía cómo la Corona, a través de Salandra y Sonnino, se había comprometido irrevocablemente para hacer la guerra, le faltaba ánimo para enfrentar la realidad pues sentía las espaldas tan poco protegidas y pensaba que se arriesgaría, en el conflicto contra la Corona, a ser prisionero de clericales y socialistas. Por ello el juicio de cobardía formulado en su contra, a propósito de su comportamiento durante la farsa de la dimisión de Salandra, podría convertirse también en un juicio clarividente. Giolitti no era cobarde, pero, tampoco, un don Quijote.

De esta manera, y en contra de la advertencia del único hombre de Estado experto y responsable que tuviera la Italia, la participación en la guerra se decidió por los manejos de los partidos de la corte, del rey y de los hombres políticos con augustas y ambiciosas miras, y en contra de la opinión de la gran mayoría no sólo del país sino del parlamento que al menos en aquel momento representaba al país. Y no

se excluye la posibilidad que sobre la decisión del rey, la más osada que había tomado la dinastía desde 1848, influyera también la antipatía hacia Giolitti y el deseo de quitarse de encima la tutela *giolittiana*.<sup>14</sup>

Como había sucedido en todas las guerras concluidas después de 1860, Italia se encontró entonces acompañada no por una serena evaluación por los poderes sino, a causa de la confusión y debilidad de las instituciones y del persistente conflicto, al menos potencial, entre la prerrogativa real y el sistema seudoparlamentario. Nuevamente, el gobierno, como ya había sucedido con Gioberti en 1849, y no sólo entonces, incitó a las manifestaciones callejeras para intimidar a sus adversarios, que en este caso eran mayoría en el parlamento y en el país. Giolitti fue amenazado en su integridad personal y la sede de Montecitorio fue amenazada y dañada. De esta manera se encubría la caída del régimen *cavouriano* y *poscavouriano* del primer ministro, del impropriamente llamado régimen parlamentario que, de cualquier manera estaba fundado sobre la voluntad, al menos formal, del parlamento.

No creo haber escrito una apología de aquel régimen y aunque sin estar conforme para aceptar la versión demasiado optimista de Benedetto Croce<sup>15</sup> (que por otra parte estaba animada esencialmente por un noble intento polémico frente al fascismo), debo concluir que incluso a través de esos regímenes, de Cavour a Giolitti, Italia pudo gozar de mal definidas y peor garantizadas garantías, pero todavía más o menos efectivas y consistentes libertades, a la sombra de las cuales fue posible la parcial transformación, a un país con nivel europeo y base industrial.

La tarea negativa de aquel sistema político-constitucional fue la de sustituir los instrumentos constitucionales válidos con medios precariamente políticos. Lo que acarreaba la continua y peligrosa inestabilidad, la falta de capacidad aglutinante y de libertad de decisión en los gobernantes, y la ausencia de una oposición institucionalizada como alternativa de gobierno y de prácticas político-constitucionales profundamente contrarias a la educación. Estas inconveniencias se acentuaron, como vemos, en la medida en que las oligarquías burguesas del "resurgimiento" perdían matices y autoridad, como era inevitable.

Antes o después, en ausencia de sustanciales y válidas instituciones parlamentarias y judiciales, debía ocurrir algún acontecimiento político que permitiera sustituir la fatigada y caduca construcción, por un sistema de instituciones libres. Por otra parte, Cavour no había tenido alternativa, y sus sucesores habían ya encontrado instaurado el sistema. Sólo en nombre del parlamento había sido posible ligar a la monarquía



con la causa de la revolución nacional y preparar los éxitos espléndidos y definitivos de la edad *cavouriana*. Pero, como se ha visto, la falta de una ley electoral idónea no permitía que la mayoría del primer ministro obtuviera una estabilidad institucional (es decir, que fuera expresión espontánea de un orden jurídico, y no fuera, al menos en parte, producto efímero de manipulaciones, intimidaciones y corrupciones) y porque, por otra parte, la sensación de que esta diferencia fundamental impedía al parlamento y al primer ministro renunciar a la libertad de movimiento y aceptar como válidos los instrumentos de control político y judicial, el sistema contenía dentro de sí mismo la dictadura.

Dictadura real o dictadura del primer ministro. La una o la otra, o juntas, alternadamente combinadas. La peligrosa inconsistencia del régimen, como régimen liberal, había aflorado en forma alarmante durante el periodo *crispino* y *poscrispino*; había sido corregida en el plano político, pero, no en el institucional, durante el periodo *giolittiano*, y estallaba en ese tiempo, destruyendo al régimen, desgastado ya, y agravado por la turbación y de las pasiones políticas desencadenadas por la conflagración europea.

El régimen seudoparlamentario es derribado por la confirmación de Salandra al gobierno el 16 de mayo de 1915; el retiro de Giolitti de la lucha, mejor dicho, con su huida hacia el Piamonte; la desbandada de la mayoría *giolittiana*, abandonada por su jefe, y los plenos poderes concedidos a la cámara (con 407 votos contra 74 y con votación unánime al senado) por el parlamento, reunido el 26 de mayo por primera vez desde la apertura de la crisis europea.

Es inexacto decir que los años entre la declaración de guerra y la marcha sobre Roma sean los de la agonía del régimen. El régimen ya estaba muerto y entonces sólo quedaba el problema de su liquidación y el balance sobre las herencias positivas y negativas. El propósito que caracterizaba al régimen consistía más bien en la construcción, con manipulaciones y presiones, de la mayoría del primer ministro, pero sin suprimir brutalmente la libertad de voto, la libertad de prensa, la libertad de oposición. Los años de la neutralidad y de la guerra son años de la casi total suspensión de la constitución. Se gobierna con plenos poderes, con los decretos-ley, aplicados también en materia tributaria con el parlamento cerrado; o con las breves e intermitentes sesiones sin informar al parlamento de los asuntos esenciales. El poder efectivo reside en el rey, en el mando supremo, en los hombres que más o menos con la ayuda del rey o con su consentimiento, logran entrar y mantenerse en el gobierno. Algún acontecimiento excepcional

llega a provocar, pero sólo en sentido negativo, ligeras manifestaciones vitales en el parlamento. Tal es el caso de la derrota en los valles del Brenta y del Adige, en la primavera de 1916. Sin embargo, en la composición del nuevo gabinete interviene la voluntad del rey, sobre la base de una coalición heterogénea, sin intentar siquiera una interpretación de la única mayoría que, todavía, de cualquier manera existía: la mayoría *giolittiana*.

La derrota de Caporetto determina —sin que Giolitti sea siquiera consultado— un cambio de gabinete: el lugar de Boselli lo ocupa Orlando, agudo jurista y orador sugerente, sin grandes dotes de estadista, pero, capaz al menos de adoptar decisiones rápidas y actuar con arrojo. Sonnino, todavía, permanecía como ministro de relaciones exteriores hasta 1919, y era muy inclinado a apoyar sobre prerrogativas reales, y no sobre la autoridad del gobierno, su secreta y sórdida acción. Bajo su ministerio las libertades políticas, comprendidas la de prensa, sufrieron limitaciones substanciales. La magistratura no dio jamás la mínima señal de independencia y se comportó, frente a la avalancha de los decretos-ley, como podría comportarse una rama de la administración. En el frente de batalla los poderes del comando supremo son limitados y fuera de cualquier control, aunque de vez en cuando, la indisciplina de los generales y sus celos amenazan la eficacia del comando. Hasta la derrota de Caporetto y la llegada del general Díaz, las tropas son empleadas para reprimir sin respetar los derechos humanos; a su vez éstas son sometidas al más irracional régimen de terror y son diezmadas con fusilamientos que recaen aun sobre soldados leales y disciplinados, lo cual contribuye a difundir el desánimo, el derrotismo y la rebelión.

En parte, esta dictadura de guerra era inevitable. Situaciones análogas, en cierta medida, ocurrían también en otros países libres. Pero en éstos se trataba de derogaciones dentro del cuadro de instituciones, las cuales, no obstante, estaban muy enraizadas y preparadas para retomar su funcionalidad apenas pasara el momento excepcional. En cambio, en Italia se trataba de la emergencia brutal de una dictadura latente desde hacía tiempo y que había perdido en esos tiempos, junto con el centro de gravedad, su freno.

Al final de la guerra quedó claro que un inmenso poder incontrolado, pero, al mismo tiempo, muy débil y carente de legitimación aceptada, empujaba al país a la deriva. La prerrogativa real, en 1915, había inhabilitado al extenuado poder parlamentario: ya en los tiempos de Crispi, de Di Rudini, de Pelloux, parecía claro que la solución del problema constitucional en su conjunto carecía de base histórica-sociológi-

ca, de legitimación y funcionalidad; una solución que resultaba imposible y absurda por la guerra que había hecho explosivos todos los problemas sociales. Ya durante la guerra, el rey, aun permaneciendo en la práctica como la única fuente constitucional de poder, no había podido guiar al país con eficacia ni en el plano civil ni en el militar.

Terminada victoriosamente la guerra, el otro componente del régimen, es decir, el poder parlamentario, se revelaba totalmente incapaz de resurgir como fuerza positiva de gobierno, y caía nuevamente en la costumbre de ejecutar actos incoherentes y hasta demagógicos. El regreso de las libertades constitucionales, en tal contexto, servía solamente para mostrar el inevitable desquiciamiento de las instituciones, y ponía en evidencia un pavoroso vacío político.

## NOTAS

<sup>1</sup> Las dificultades que también encontraba la política *giolittiana* de parte católica para la integración del país dentro del Estado liberal, están bien resumidas en una página de la obra de G. Volpe: "...es conocido cómo Pío X se oponía a cualquier actividad de organización católica para fines electorales, no aceptaba dejar libres a los católicos para que accedieran a las urnas, sino únicamente cuando se trataba de concurrir al mantenimiento del orden social contra los subversivos, siempre y cuando las autoridades lo hubieren juzgado oportuno. Específicamente no quería saber de "diputados católicos" y solamente toleraba a "católicos diputados", tal como se hacía oír, desde algunos años antes, la fórmula del *Osservatore cattolico* inspirado en precisas directivas de la santa sede. Más que a la política, los católicos se debían dedicar, fuera del parlamento, a obras sociales. ¿Cómo hubieran podido, en cuanto católicos, constituir un partido político y un grupo parlamentario, cosa contingente y cambiante, para actuar solamente en la órbita del Estado, ellos que obedecían a principios absolutos y universales? Sin embargo los diques ya no aguantaban más; la masa católica se lanzaba a la política y a las elecciones. En virtud de aquellos acuerdos entre católicos y liberales, los liberales se comprometían, a cambio del voto católico a una conducta determinada. No había nada de ilícito en estos acuerdos y en estos compromisos. Era fácil y natural que en un país como Italia los liberales se comprometieran, como lo hicieron, a defender las normas estatutarias de la tutela de la libertad de conciencia y de asociación, a combatir el divorcio y cualquier ley o disposición contra las congregaciones religiosas, a respetar la escuela privada y el derecho de los padres a la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, a sostener la administración en los consejos consultivos del Estado de una representación de todas las organizaciones económicas y sociales (y en consecuencia, también de las católicas o blancas, además de las rojas), a promover una legislación fiscal socialmente más justa, etcétera. El acuerdo admitía también que se debía estimular una política de valoración de las fuerzas económicas y morales del país y del prestigio italiano en el mundo. Pero dañó al secreto pactado la tortuosa interpretación de la situación de arbitrariedades e inquisitorias que algunos católicos hicieron sobre la ortodoxia de los candidatos, la humillación infligida a muchos liberales con un compromiso escrito, la sospecha de injerencias directas del Vaticano, el infundio que se corrió cuando se conoció este pacto, la falta de sinceridad y de coraje de muchos, la sucesión vertiginosa de acusaciones y protestas desmedidas. Y desde este punto de vista, se dio motivo para criticar a los más genuinos liberales que eran muy contrarios —también ellos— a la formación de un partido católico en la cámara; temían la infiltración confesional en el gobierno y en la política, no pretendían que se pusiera a discusión la ley de garantías, veían en el misterio del pacto Gentiloni casi una nueva masonería negra en el lugar de aquella verde o roja. Y no se diga el error que cometieron los adversarios radicales, democrático-liberales y social-reformistas, apretados en bloque de inspiración masónica. Ellos pudieron proclamar a los cuatro vientos el peligro clerical, más bien, clerico-moderado, explotar los sentimientos liberales de la mayoría de los italianos, dividir simplemente a los ciudadanos en clericales y anticlericales (ahí en donde la mayoría estaban fuera de la masonería y fuera del clericalismo), organizar bloques de partidos afines, sesiones conjuntas de una fórmu-

la negativa: última manifestación del proceso degenerativo de los partidos políticos. Escondiendo detrás de un escenario de palabras los problemas concretos y la propia falta de ideales, redujeron toda la vida del país a la cuestión del clericalismo y volvieron a empujar por un poco de tiempo a los italianos, a situaciones ya superadas".

Grandes eran entonces las dificultades e insuficientes, en parte, el esfuerzo *giolittiano* para obtener la colaboración de los católicos. Sin embargo, aquel esfuerzo estaba destinado a revelarse en el plano histórico como una gran y definitiva victoria, y justamente, bajo esta luz son presentados los acontecimientos por Volpe: "Más que un partido católico verdadero y propio, los elegidos pretendían ser un grupo de diputados constitucionales, cuidadosos de los intereses religiosos del pueblo italiano, junto a los liberales elegidos con el voto de los católicos. Entraban a la cámara como vencedores, si se toman en cuenta los detalles, porque habían impuesto condiciones a los liberales y a Giolitti. Pero, en sustancia, los vencedores eran otros: Italia y el Estado italiano, ya que los católicos comenzaron su vida parlamentaria sin prejuicios contra el Estado, sin versatilidad alguna para (lograr) la restauración temporal. Ya que esta actividad política de los católicos, mediocre pero respetuosa de las directivas superiores y destinada a desarrollarse en el ámbito del Estado italiano y del parlamento italiano, se resolvía en una vigorización del Estado, es decir, en una mayor plenitud de contenido, en una mayor conciencia de sí, en una mayor capacidad para controlar toda fuerza o principio concurrente o contrario; porque, en fin, la más intensa participación de los católicos en la política debía traer consigo mayor independencia política respecto de la santa sede, a ellos reconocida por la misma santa sede, que no quería ser comprometida por eventuales comportamientos e iniciativas de los mismos católicos". (Volpe, G., *L'Italia in cammino*, Milano, Treves, 1927, pp. 249-250.)

<sup>2</sup> La más actualizada y penetrante, entre las evaluaciones positivas que ha dado la historiografía de la edad *giolittiana*, se ve en el bello volumen de Spadolini, G., *Giolitti e i cattolici*, Firenze, Le Monnier, 1960. Nuestra posición, aun aceptando plenamente la representación de Spadolini, tiende a poner en mayor evidencia las desesperadas dificultades creadas a Giolitti por una viciada dinámica de instituciones que él había podido reevaluar pero no corregir.

<sup>3</sup> En los primeros veinte años de la unidad, sólo el 20% de la población tenía derecho al voto. Después de la ampliación del sufragio aplicada por primera vez en 1882 y por otros treinta años más, la democracia representativa permaneció como un privilegio ejercido por una *élite* limitadísima. El sufragio universal con distrito uninominal adoptado por Giolitti a partir de 1913 fue la primera tentativa cumplida por la democracia burguesa italiana —después de medio siglo, desde la unificación— de crear bases más amplias para el consenso del propio sistema representativo. Estas cifras documentan la dificultad enorme de la empresa *giolittiana* conducida sin las garantías que hubieran podido derivar sólo de un sistema de gobierno institucional estable.

<sup>4</sup> Para dar una idea clara y precisa de la heterogeneidad de las corrientes políticas representadas, respectivamente, en cada uno de los cinco ministerios de Giolitti, consignamos su composición:

1er. gabinete (mayo 1892-noviembre 1893): Giolitti, presidencia y gobernación; honorable Brin, relaciones exteriores (centro-derecha); honorable Ellena, Finanzas (centro-derecha) más tarde sustituido por razones de salud por el honorable Grimaldi (centro-izquierda); Giolitti, interinamente en el Tesoro sustituido por Grimaldi; honorable Genala en los "LL.PP." (centro-izquierda moderado), después del interinato de Giolitti; honorable Finocchiaro-Aprile en correos y telégrafos

(centro-izquierda); honorable Bonacci en gracia y justicia (centro) después sustituido por el senador Eula y más tarde éste por el senador Armò (todos de centro-derecha); honorable Martini en la P.I. (centro-izquierda) o general Pelloux en guerra; De Saint Bon en Marina, luego sustituido por Brin (interino) y más tarde por Racchia; honorable Lacava en agricultura (centro-izquierda).

2o. gabinete (noviembre 1903-marzo 1905): Giolitti, presidente del consejo y ministro de gobernación; senador Tommaso Tittoni (centro-derecha con relaciones con el mundo vaticano y ya prefecto de Perugia) en relaciones exteriores; honorable Pietro Rosano (centro-derecha) en finanzas; honorable Luigi Luzzatti (centro-derecha) en el tesoro; honorable Francesco Tedesco (centro) en los trabajos públicos; honorable Enrico Stelluti Scala (centro-derecha con tendencias clericales) en correos y telégrafos; honorable Scipione Ronchetti (centro) en gracia y justicia; honorable Vittorio E. Orlando (centro) en instrucción pública; el teniente general Ettore Pedotti en guerra, el contraalmirante Carlo Mirabello en la marina; y el honorable Luigi Rava (centro-izquierda) en agricultura, industria y comercio.

3er. gabinete (mayo 1906-diciembre 1909): Giolitti, presidente del consejo y ministro de gobernación; el embajador en Londres Tommaso Tittoni (centro-derecha en relaciones exteriores; honorable Fausto Massimini (centro) en finanzas; honorable Angelo Majorana (centro) en el tesoro; honorable Emanuele Gianturco (centro-izquierda) en trabajos públicos; honorable Carlo Schanzer (centro-izquierda) en correos y telégrafos; honorable Niccolò Gallo (centro) en gracia y justicia; honorable Guido Fusinato (centro) en instrucción pública; el teniente general Ettore Viganò en guerra; el vicealmirante Carlos Mirabello en marina; honorable Francesco Cocco-Ortu (centro-izquierda) en agricultura, industria y comercio.

4o. gabinete (mayo 1911-marzo 1914): Giolitti presidente del consejo y ministro de gobernación; del embajador en París Antonio Di San Giuliano (centro-derecha) en relaciones exteriores; Camilo Finocchiaro-Aprile (centro-izquierda) en gracia y justicia; honorable Luigi Facta (centro-izquierda) en finanzas; honorable Francesco Tedesco (centro) en el tesoro; el teniente general Paolo Spingardi en guerra; el contraalmirante Pasquale Leonardi Cattolica en marina; honorable Luigi Credaro (radical) en instrucción pública; honorable Ettore Sacchi (radical) en trabajos públicos; Francesco Nitti (centro-izquierda con tendencias radicales) en agricultura, industria y comercio; Teobaldo Calissano (centro-izquierda) en correos y telégrafos.

5o. gabinete (junio 1920-julio 1921): Giolitti, presidencia y gobernación (subsecretario Corradini); Sforza (gozaba de la confianza de muchos políticos eminentes, especialmente de los de derecha, desde subsecretario) en relaciones exteriores; honorable Meda, tesoro (popular); honorable Tedesco, finanzas (democracia *giolittiana*); honorable Arturo Labriola, trabajo (socialista independiente; honorable Camilo Peano, trabajos públicos (democracia *giolittiana*); honorable Bonomi, guerra (socialreformista); Benedetto Croce en instrucción; Giulio Alessio en la industria (democracia-radical); en la marina el contraalmirante senador Giovanni Secchi; para las colonias Luigi Rossi (liberal-moderado); para las "tierras liberadas" Giovanni Raineri (liberal-democracia *giolittiana*); en la justicia el honorable Luigi Fera (radical); en la agricultura Giuseppe Micheli (popular); en correos Pasqualino Vassallo (radical).

Los datos han sido citados por Cilibrizzi, *Storia parlamentare*, cit., vols. III, IV, VIII.

<sup>5</sup> Sobre la gran operación *giolittiana*, cfr. Spadolini, G., *Giolitti e i cattolici*, cit., p. 283 y ss.

<sup>6</sup> Es interesante encontrar, como ya lo es en el elenco de los "defectos" del parlamento subalpino mismo de D. Zanichelli, algunas características notorias y deploras-

bles del parlamento italiano, antes y después del fascismo. Entre ellas, la exageración de los privilegios e inmunidades de los parlamentarios y la falta de reglamentos idóneos para agilizar el trabajo legislativo. Recurso histórico que por cierto no es accidental, sino que está ligado a la tendencia de la degeneración del sistema con dictadura de asamblea, capaz de funcionar mejor sólo en la huella de la dictadura inconfesada por un eficaz primer ministro. "Cuando el poder no estuvo en las manos del gran conde (de Cavour) —dice Zanichelli— todos se dieron cuenta de que la iniciada regeneración de Italia sin él no podía ser cumplida, y al mismo tiempo era imposible negar que las instituciones representativas se habían personificado mucho en él para poder, sin él, funcionar correcta y fácilmente". Lo que era verdad en los tiempos de Cavour, y no menos en los de Depretis y Giolitti. Las venganzas del "gran conde", a su manera, y según las circunstancias y los temperamentos, se sustituían por una inconfesada y tolerante dictadura parlamentaria en el inexistente régimen parlamentario. En tiempos más agitados, de más evidente disolución y alarma pública, si la situación pública era difícil de lograr, podía inducir al primer ministro a imponer con violencia su autoridad haciendo evidente la dictadura, tal como en vano intentó hacer el viejo Crispi, pero que sí logró hacer el joven Mussolini. (Cfr. Zanichelli, D., *Studi di storia costituzionale e politica*, cit., pp. 161-162.)

<sup>7</sup> Un irónico, pero talentoso y profundo estudioso inglés, John A. Hawgood, en su tratado, o más bien, en su amplio y concluyente ensayo, *Modern constitutions since 1787*, London, MacMillan, 1931, p. 179, comenta: "Un eminente literato fascista ha señalado la carrera de Giolitti como el documento de la decadencia del espíritu del liberalismo democrático. Ha lamentado la corrupción y la violencia electoral desde 1892, ha llamado a los diputados de aquel periodo vulgares incitadores reducidos a frecuentar las antecámaras de los ministros más que las aulas del parlamento, ha acusado a Giolitti de haber sido el dictador de Italia, entre 1903 y 1914, y de haber introducido el sufragio universal para perpetuar su dictadura; en fin, ha visto en una serie de gabinetes minoritarios al gobierno con desprecio hacia las cámaras, la ruina del gobierno parlamentario mucho antes que el fascismo lo barrierá. Entre estas visiones del régimen parlamentario italiano, y una visión caritativa más diferente, al menos confrontando las alternativas, los no italianos pueden escoger". La polémica fascista, sin duda, destacaba unilateralmente y con poca generosidad los aspectos negativos del sistema político italiano en la última fase de la "parábola" liberal. Pero, sin cambiar las cosas, aquella polémica no carecía de fundamento, y el hecho de que el régimen prefascista fuera, no obstante todo, preferible al régimen fascista no resuelve el problema del juicio histórico. Lo que nos interesa comprender es por qué del régimen prefascista surge el régimen fascista. Es decir, cómo aquel régimen fue resbalando hacia el vacío de poder que siempre evoca y provoca las tentativas de corrección autoritaria. Tal vez el historiador que mejor nos ayuda a plantear en este sentido el problema es Mack Smith (*op. cit.*, p. 28).

<sup>8</sup> Merece una lectura cuidadosa la exposición del proyecto de ley para "autorización de gastos en la expedición en Tripolitania y en Cirenaica", presentado en la sesión del 24 de febrero de 1912, para la aprobación parlamentaria de las totalmente arbitrarias finanzas de guerra. En otra atmósfera y con otro espíritu, las prerrogativas financieras del parlamento no valían para Giolitti mucho más que para Crispi. La diferencia sustancial es muy significativa —aunque sólo política pero no jurídica— y está en el hecho de que Giolitti tenía en su poder la mayoría y sabía como obtener su aplauso, que la eximia de buscar apoyo contra ella y de aparecer bajo el hábito, alarmante y peligroso, de un destructor del régimen (consultar *Atti parlamentari*, XIII leg., cámara de diputados, número 1015).

<sup>9</sup> La inexistencia de una fuerte y auténtica presión espontánea de la sociedad hacia un amplio sufragio está probada por la escasa participación de los electores, como se revela en la siguiente tabla, en el interesante volumen de Galli, G., *Il bipartidismo imperfetto*, Bologna, Il Mulino, 1966, p. 105:

Año de elecciones	% de los que tienen derecho	participación %
1861	1.9	57.2
1865	2.0	53.9
1867	1.9	51.8
1870	2.0	45.5
1874	2.1	55.7
1876	2.2	59.2
1880	2.2	59.4
1882	6.9	60.7
1886	8.1	58.5
1890	9.0	53.7
1892	9.4	55.9
1895	6.7	59.2
1897	6.6	58.5
1900	6.9	58.3
1904	7.5	62.7
1909	8.3	65.0

<sup>10</sup> Dice Croce (*Storia d'Italia del 1871 al 1915*, p. 268, Bari, Laterza, 1953) refiriéndose a la decisión de Giolitti: "No lo detuvieron los temores de los conservadores ni la habitual y poco fundada objeción que en aquel modo hubiera dado con liberalidad el gobierno, eso que las clases trabajadoras no pedían más de lo que hubieren pedido. Porque la clase culta y dirigente no merece tal nombre si no suple con la propia conciencia a la conciencia, porque todavía falta de previsión y todavía no sabe formular las necesidades de las clases inferiores, no anticipa de ningún modo sus demandas, no intuye hasta sus necesidades, ni en cualquier caso da prueba de previsión política: espera ser reforzada con las reformas". Pero no sé si esta objeción era en verdad tan poco profunda como le parecía a Croce. Si, como dice Croce, las "clases inferiores" no pedían el sufragio, esto es signo cierto de que no tenían la madurez para manejarlo en su propia ventaja y del país; si hubieran tenido aquella madurez, no sólo hubieran pedido sino pretendido el sufragio. El sufragio significa la mayoría política, la participación en la soberanía. Sin duda la clase política es muy perspicaz si prevé cómo "incitar las necesidades" más nobles de los gobernados, y entre estas necesidades, las de no ser objeto pasivo del gobierno y de participar, con el voto y en cualquier otro modo posible, en el gobierno mismo. Pero, una cosa es incitar una auténtica y sentida necesidad, y otra satisfacer una necesidad inexistente y no sentida. Para



incitar tal necesidad era necesario, ante todo, instituciones más sinceras y transparentes; además, era necesaria una eficaz organización escolástica, y era necesaria, también, la superación de la absoluta insuficiencia económica. Dar el voto a quien, además de ser analfabeto —por la absoluta insuficiencia y dependencia económica y por las condiciones del embrutecimiento secular al que todavía estaba ligado—, no tenía ningún medio de información, ni posibilidad alguna de decisión política propia significaba colocar un arma peligrosa en las manos de los niños ignorantes, o de siervos a merced de los patrones, tal como lo comprendían perfectamente los más nobles intelectos socialistas de aquel tiempo. Significaba, entonces, poner solamente una importante leva política no en las manos de las “clases inferiores”, sino en las manos de quien, con tranquilo cinismo, supiera utilizar aquella leva. Significaba, en consecuencia, contribuir a la decadencia de la lucha política y abrir la puerta a oligarquías infinitamente más estrechas y exclusivas, además de más bárbaras, que las nobles oligarquías del “resurgimiento”.

<sup>11</sup> Cfr., también De Rosa, G., *La crisi dello stato liberale in Italia*, Roma, Universale Studium, 155.

<sup>12</sup> La vocación política de Giolitti siempre fue parlamentaria, ya que ni siquiera podía aceptar un diferente sistema de gobierno. De esta fidelidad al parlamentarismo se encuentran referencias en el discurso de Caraglio de 7 de marzo de 1897, y que es el discurso para las elecciones de la vigésima legislatura (Giolitti, G., *Discorsi extraparlamentari*, Torino, Einaudi, 1952, p. 147 y siguientes): “Que el régimen parlamentario pase por un periodo de decadencia, que eficaces y rápidos remedios sean necesarios para realzar el prestigio y su fuerza, nadie lo niega. La exposición de algunos de los males que turban al régimen parlamentario ha sido hecha desde 1881 por uno de los más geniales de nuestros hombres de Estado Marco Minghetti, en un libro sobre los *Partiti politici e alla ingerenza loro nella giustizia e nell'amministrazione*. Desgraciadamente las condiciones criticadas en aquel libro no han sido mejoradas; pero, si es urgente remediar estos males, es cierto también que eso debe ser hecho con el fin de elevar y reforzar al parlamento, porque ninguna otra forma de gobierno es posible en Italia, y una tentativa de la reacción tendría consecuencias fatales.”

<sup>13</sup> En febrero de 1914, los radicales decidieron retirar su apoyo al gobierno de coalición, renunciando a su alianza con los católicos. Los ministros radicales fueron obligados a dimitir y Giolitti, aun conservando la mayoría, aprovechó la ocasión para retirarse; pensaba que una pausa de espera lejos del poder podría ayudarle en un momento en el que las dificultades financieras y agitaciones en el país, oscurecían el horizonte político.

<sup>14</sup> Un testimonio autorizado sobre la forma en la que maduró la intervención, se encuentra en el capítulo que sobre el pacto de Londres y las jornadas de mayo se consigna en el libro de Bonomi, Ivanoe, *La politica italiana da Porta Pia o Vittorio Veneto* (3a. ed., Torino, Einaudi, 1966). Bonomi era un socialista patriota, mucho más cerca a las tradiciones y a los ideales del “resurgimiento” que el dogma marxista. Él pertenecía, para decirlo con sus palabras, a aquellas “fuerzas vivas del intervencionismo”, que “habían venido de la extrema izquierda, de los republicanos, de los radicales, de los socialistas reformistas de Bissolati, y más tarde de los socialistas y sindicalistas revolucionarios de Mussolini”. En consecuencia, él revive en sus páginas con plena solidaridad moral el caso intervencionista, del que expresa toda su nobleza. Pero precisamente por ello tenemos aquí una prueba, muy digna de ser tomada en consideración, de la violencia substancial que sufrieron el país y el parlamento. Y, al mismo tiempo, la explicación de algunos motivos de

aquella violencia, motivos en los que se manifiestan las ilusiones y las esperanzas que indujeron (en su justificado extravío del camino y espanto frente a la parálisis de las instituciones) a un cierto número de herederos de la mejor Italia del "resurgimiento" a aceptar procedimientos y alianzas de las que más tarde deberían arrepentirse y lamentarse. Es interesante cotejar esto con un pasaje de Volpe: "Fuerzas vivas, fuerzas de impulso, de variada naturaleza, no faltaban, pero eran todavía poco coherentes, todavía poco conocedoras de los nexos, inciertas de su camino. ¿Por qué?, y ¿en cuál remedio se podía pensar? La nueva Italia se había constituido poniendo juntos materiales de toda clase, amalgamados de la mejor manera posible. El proceso de fusión se había iniciado ciertamente y marchaba, ante todo, embistiendo a todas las clases. Pero, la nación había vivido casi sola con ella misma, desde hacia cincuenta años. Su misma debilidad y limitación de actividad, y la larga paz, aunque armada y sospechosa, de la Europa, no la habían colocado nunca frente a grandes acontecimientos, a trágicas necesidades que operaban como las altas temperaturas sobre los metales. Para Italia se requería, precisamente esto. En aquellos años comenzaban a ser muchos quienes lo pensaron, y también, fuera de los núcleos nacionalistas y afines, hombres como Sidney Sonnino, que en los coloquios con los íntimos, decían: ¡Tal vez, una guerra! Lo que por parte de Mussolini se invocaba para el proletariado, del otro lado, y muy cercano, se invocaba para la nación. La guerra del proletariado, 'el necesario baño de sangre' de Mussolini no vino. En su lugar vino la otra guerra." (Volpe, G., *op. cit.*, p. 268.) Vino, entonces, la guerra (y sólo en esto están de acuerdo con el pasaje ahora citado de Volpe) causada también por el desaliento de los jefes liberales de frente a una crisis de las instituciones cuyos orígenes "técnicos" no llegaban a explicarse: "¿Tal vez una guerra?", se preguntaba Sonnino. Y no sabía que la guerra es el último y más desastroso lujo que un país sin instituciones pueda permitirse. A lo más, la guerra podía acelerar el desarrollo de la crisis y la dictadura. Si algunos liberales estaban limitados a aceptar confundidos esta eventualidad (y no sé qué otra cosa pudieran esperar), es necesario decir que verdaderamente la gloriosa parábola del "resurgimiento" estaba cerrada, y que la resurrección liberal podía venir sólo después de la experiencia más completa y más trágica, como la consecuencia de la abdicación de ideales. Y de hecho, vino en cierta medida, aunque no a través de una guerra victoriosa, sino a través de la amarga meditación sobre la experiencia de veinte años de gobierno liberal y sobre la humillación nacional que el abandono de los ideales del "resurgimiento" había preparado y madurado.

<sup>15</sup> Con su habitual agudeza, Salvemini (*op. cit.*, p. 544) llamaba a la *Storia d'Italia* de Croce: "Opiniones del doctor Pangloss sobre la historia de Italia, arreglada de manera tal para confirmar, siempre, las opiniones del doctor Pangloss. Definición, en verdad, excesiva y también injusta en cuanto que no tomaba en cuenta el momento en el que aquella historia había sido escrita y de los fines para los que había sido escrita. Sin embargo, todavía una opinión que objetivamente era muy justificada.